

victoria, ambicionamos todo el mérito del triunfo. Nada más estúpido ni más falso: los que marcharon al campo de batalla fueron con nuestro conocimiento, y no somos ni seremos jamás los que denigremos su labor ni disputemos la alteza de sus hechos. Los renovadores que nos quedamos lo hicimos con plena deliberación y, según ya lo hemos dicho, con el único propósito de formar la oposición a la dictadura, labor que cumplimos sin descanso y de la cual estamos satisfechos, sin que por esto queramos considerarnos, según ya lo hemos manifestado, ni héroes ni triunfadores, sino simples ciudadanos conscientes que llevaron su pequeño guijarro para arrojarlo a la frente de la tiranía.

Por lo demás, es claro que entre los diputados que formaban la mayoría de la Cámara después de febrero, hay muchos con graves responsabilidades: aquellos que se consideraron triunfantes porque, habiendo sido antimaderistas, vieron un éxito en el derrumbamiento del régimen legal, y se apresuraron a sostener al general Huerta de un modo resuelto y definido; los que negaron el empréstito de cien millones al Presidente Madero y votaron gustosos el de doscientos para Huerta; los que estorbaron de palabra y de obra la acción de la democracia, y cubrieron de flores el camino de la dictadura. Pero de éstos hay muy pocos que tengan la honradez del diputado Aquiles Elorduy, que, confesando esas culpas, pide ser juzgado y espera aquí tranquilo su sentencia.

Nosotros, para concluir y que no quede duda alguna sobre nuestros propósitos e intenciones, declaramos solemnemente: que respetamos todo esfuerzo bien intencionado, aunque sea ineficaz; toda tentativa de mejora, aunque sea estéril; pero si respetamos todas las opiniones honradas, nuestra voz se levantará imponente para señalar a la Nación a los que la han oprimido, a los que han dilapidado sus caudales, a los que se han burlado de sus sufrimientos, y que piden, hoy que se acerca la hora de la justicia, medrosos y cobardes, una conciliación y un perdón que los libre de la expiación de sus culpas.

José N. Macías, Gerzayn Ugarte, E. Neri, Miguel Alardín, Emilio López, Alonso Aznar, F. Silva Herrera, Guillermo

Ordorica, José Y. Reynoso, Ricardo Pascué, Tranquilino Navarro, Manuel F. Méndez, V. del Llano, Alfredo Ortega, Félix F. Palavicini, Valentín del Llano, Francisco de la Peña, Luis G. Guzmán, Jesús Munguía Santoyo, Ignacio Borrego, Joaquín Ramos Roa, Manuel Orijel, Manuel Padilla, Juan N. Frías, Isaac Barrera, Enrique Rodiles Maniau, Marcelino Dávalos, Jerónimo López de Llergo.—(Rúbricas.)

LOS HUÉRFANOS DE LA DICTADURA

Ayer todavía, los diarios huertistas llenaban sus columnas denunciándonos como sediciosos, revolucionarios, enemigos del orden Hoy somos seres pasivos, incapaces de labor ni de acción.

Ayer nuestros retratos, enmarcados en gruesos títulos, delataban a los esbirros de Gabriel Huerta nuestras fisonomías de constitucionalistas, para hacer más segura la identificación Hoy se nos censura las barbas postizas y los mostachos rasurados.

Los jueces huertistas, con Francisco Pascual García a la cabeza, renunciaron a todo pudor de letrados, a todo escrúpulo de juristas, a toda delicadeza de ciudadanos, y, por encima de la ley suprema y hasta sobre las más elementales consideraciones de humanidad, nos sujetaron a largas y vejatorias incomunicaciones; entonces ¿dónde estaban los Catones de última hora? ¿Por qué no exclamaban, con «El Independiente» de hoy: «La Patria necesita que todos sus hijos tengan la magnánima serenidad para que, enfrente de yerros propios y yerros ajenos, comprendan y acepten que no es el trágico camino hasta hoy recorrido, el que conduce a la paz? . . .»

Cuando los carceleros nos negaban el consuelo del sol y el agua, obligándonos a no recibir alimentos sino una vez al día, nuestros fiscales, nuestros inflexibles jueces, derramaban a torrentes el champaña, bañando hetaíras y prostitu-

yendo empleadas de los Ministerios, en la perpetua orgía huertista.

Cuando en los salones de «Gambrinus» y «Bach» los ministros de Huerta, los jueces de Huerta, los diputados y senadores—hijos legítimos de Huerta,—cantaban himnos de beodos a la Dictadura, a veinte pasos de distancia, en el edificio de Guardiola, los pobres *juanes* se retorcían de dolor, sangraban sus heridas y morían con una maldición en los labios. «Entonces, dice «El Independiente», aquel estado de cosas era apenas alterado por pujos de oposición tímida y vacilante».

Vacilante y tímida oposición, confiada, en efecto, al pequeño grupo de renovadores que hoy, tranquilos con su conciencia, no han levantado la roja bandera de la venganza, pudiendo hacerlo; no se aprovechan de su ventajosa posición de hombres dignificados por la persecución y el sufrimiento, para señalar a la vindicta pública, para recomendar al castigo del pueblo a todos aquellos que educaron su columna vertebral, encallecieron sus rodillas, endulzaron su lengua y lamieron las gruesas suelas de las botas soldadescas, en su degradado afán de harturas y canonjías.

Sí, hay responsables de los heridos, de los muertos, de las monjas violadas, de las sementeras incendiadas, de las instituciones de crédito saqueadas, de los billetes de Banco sin garantía e impresos sin cuenta ni medida, mientras la plata y el oro eran sustraídos.

Sí, hay responsables de haber prostituído a gran parte del ejército, de haber provocado cínica y sistemáticamente la intervención extranjera, de haber ultrajado las leyes, las cosas y los hombres.

¿Nos excitáis a denunciarlos?

No lo haremos individualmente, porque en nosotros es más fuerte el respeto a nuestros principios que el envenenado ataque a las personas; pero hubo entre vosotros, señores censores, muchos que solicitaron nuestra muerte, que provocaron y agravaron nuestros sufrimientos, que aplaudieron nuestra prisión, y que, mientras nosotros nos oponíamos al dictador en forma que llamáis «tímida y vacilante», nuestros fiscales exhombres, ayunos de valor como de vergüenza, ca-

lentaban curules que sabían usurpadas, gozaban jugosas sincuras y cobraban dinero que sabían robados.

Sabedlo: riquezas, canonjías, concesiones, oro, nos fueron ofrecidos; el cohecho dulzón y solicitante intentó acariciarnos con su baba, y nos vimos requeridos por las cajas de De la Lama frente al puñal de Aureliano Urrutia. A pesar de *nuestra timidez y de nuestra pasividad*, desdeñamos el oro y desafiamos el puñal.

Tienen razón los jefes militares honestos que aún quedan, de lamentar, más que nosotros, el oprobioso régimen huertista, porque mientras Lozano y Moheno, Garza Aldape y García Naranjo, De la Lama y Blanquet podrán gozar de las voluptuosidades de París, ellos se encuentran frente a frente de la derrota, sin horizontes, sin perspectivas y sin esperanza.

Tienen razón las viudas y los huérfanos de lamentar, más que nosotros, el que mientras ridículos senadores y diputados, maniqués del dictador, derrochaban los dineros nacionales, esposos y padres perecían en el campo de batalla.

Ciertamente jueces no somos ni queremos serlo; pero advertimos que adversarios sí somos y seguiremos siéndolo; y que a toda hora y siempre nuestra voz, *sin timidez ni vacilaciones*, señalará a los enemigos del pueblo y de la sociedad con el infamante latigazo que sus rostros de histriones tanto han menester.

Se ha repetido demasiado este cargo: ¿por qué no se disolvieron?

Las minorías no se disuelven, señores; para verificar la disolución de la Cámara precisaba tener la mayoría, y ella quedó formada desde el 19 de febrero por católicos, felicistas y huertistas. Pero si la disolución voluntaria no la obtienen las minorías, sí la obtuvimos nosotros cuando, debido a nuestra oposición constante y a nuestra labor tenaz, conseguimos llevar a nuestro lado a la mayor parte de los liberales independientes; labor que decidió, en fin de cuentas, la disolución, y con ella la definitiva ruina económica y política de Huerta.

Se necesita tener en los ojos las telarañas del miedo a la justicia revolucionaria, y los cerebros embotados por las es-

pirituosas fiestas con que el simpático extranjero míster Hennesy obsequió a sus devotos para ocultar que los renovadores han venido renovando, no odios ni disensiones, sino la ejemplaridad de una constancia, de una firmeza y de un pudor político incomprensibles, es claro, para los eternos arlequines de la política.

Día llegará (hemos sabido retardarlo por patriotismo, sin impaciencias y sin hambre) en el que se haga el resumen de los trabajos parlamentarios por nosotros realizados, en favor de los obreros, de los trabajadores del campo, de la independencia judicial, de los maestros de escuela y de todos y de todo lo que pudo ser efectuado por un esfuerzo, no de héroes, pero sí de sencillos ciudadanos conscientes de su deber y cuidadosos de su prestigio ante la sociedad y ante la Historia.

José N. Macías, Félix F. Palavicini, Gerzayn Ugarte, Ignacio Borrego, Manuel F. Méndez, E. Rodiles Maniau, Luis M. Rojas, Isaac Barrera, Jesús Urueta, Marcelino Dávalos, J. Ramos Roa, Guillermo Ordorica, Alonso Aznar, Francisco Navarro, José I. Novelo, Reynoso, Juan N. Frías, Alfredo Ortega.—(Rúbricas.)

LOS FISCALES DE ÚLTIMA HORA

A los huérfanos de la dictadura.

No ha llegado la hora de la Historia; pero ya los vencidos han comenzado sus requisitorias. Diversas voces se levantan solemnemente acusadoras para juzgar y sentenciar, castigándonos por la labor política ejercitada en nuestras curules desde febrero a octubre.

Durante la época aciaga, en los días negros, en las horas empurpuradas por la sangre, estuvimos solos, abandonados, sin apoyos ni estímulos. En el momento para el cual se pide heroicidad ¿dónde estaban nuestros fiscales? ¿Dónde se refugiaban y qué hacían nuestros jueces?

Dormitaban en la medrosa obscuridad, algunos vestían kaki, otros gastaban las alfombras de las antesalas ministeriales, y todos habían olvidado que allá en el Factor un pequeño grupo de hombres, ni héroes ni triunfadores, ni mosqueteros ni bayardos, pero simples ciudadanos conscientes de su deber, lo cumplían silenciosa y a veces trágicamente.

El 19 de febrero, veintitrés renovadores no eran mayoría ni podían materialmente rechazar el atentado. Entonces Moheño decía: «...el Gobierno de hecho, Gobierno militar, establecido en la Capital, desea, en lo posible, ponerse de acuerdo con la Representación Nacional y dar una investidura legal a un Gobierno que saque a puerto de salvación el país; pero,

puesto ya en la situación indeclinable a que se ha llegado, si esto no fuera posible, el ejército, el cuartel general, ante la imperiosa necesidad de afrontar los acontecimientos, *aun cuando se hundan los principios*, está resuelto a ir adelante».

Escudero contestaba en nuestro nombre: «¿Estamos seguros de que todos los Estados de la Nación aceptarán a ciegas lo que se haga en la Capital? ¿Qué nos dice la Historia a ese respecto? La Historia, señores, de México, tan azarosa y tan triste, nos dice que hasta la fecha, con excepción de este movimiento militar, que todavía no está consagrado por el triunfo definitivo, jamás lo que se ha hecho en la Capital ha decidido de los destinos de la República. No sabemos todavía qué se piensa en nuestro País sobre los sucesos de la actualidad. Yo podría aconsejaros un camino. ¿Cuál? Disolvámonos. ¿Cuál? Volvemos a nuestras casas (voces de la mayoría gobiernista: no, no.) Preveía la objeción, y simplemente digo esto insinuándolo, para que veáis que no se me oculta el camino de la dignidad».

Advertimos que esa misma noche muchos diputados renovadores estaban ocultos, huyendo de persecuciones policíacas; otros se encontraban prisioneros en la Comandancia militar, y el reducido número de presentes, en perfecta impotencia para dominar una mayoría dispuesta a servir al cuartelazo.

Sin embargo, pocos días después el Grupo Renovador se reorganizaba, y entonces discutimos enérgicamente la ley de amnistía, y los gobiernistas (huertistas, felicistas y católicos) nos injuriaron denominándonos separatistas y traidores.

Nos opusimos a la llamada «ley del oro», y, en esa memorable ocasión, don Tomás Brániff nos dijo «que si era esa la labor que estábamos haciendo a la Cámara, era preferible que tomáramos un rifle y marcháramos a Chihuahua o a Sonora; *que estaríamos más seguros allá que aquí*, porque había elementos amigos del Gobierno, muchos, no uno, y aun ajenos a él, que cuando se apercibieran de las intenciones nefandas de algunos diputados, probablemente podrían cometer con ellos, no un atropello, porque eso no sería cometer un atropello, sino un acto de justicia».

Si las elecciones se hubieran verificado conforme al pacto celebrado en la Embajada norteamericana, comúnmente llamado Pacto de la Ciudadela, Félix Díaz habría obtenido un Gobierno legalizado por una farsa electoral y una dictadura militar con poderosos recursos, habría retardado el triunfo del pueblo. Influidos en el aplazamiento de elecciones.

Es falsa y deliberadamente insidiosa la acusación que se nos hace de haber aprobado el empréstito de doscientos millones; ni un voto renovador aprobatorio hay en esa ley. Es más: la tarde en que comenzó a discutirse, cincuenta y dos renovadores abandonamos en masa el salón de sesiones, provocando así la ira de los gobiernistas y obedeciendo desde entonces a la idea de obtener la disolución. El empréstito se votó sin *quórum*. ¿Dónde está la lista de la afirmativa?

Durante nuestra permanencia en la Cámara no pasó un solo día sin que provocásemos incidentes de oposición; pero no como la que se hizo al Gobierno del señor Madero: con garantías y prensa libre, sino en una atmósfera de hostilidades, donde la voz trémula del clerical don Francisco Elguero se levantaba amenazante; donde el acomodaticio Moheno nos presagiaba un 18 Brumario; donde el alma tenebrosa de Lozano, nuevo compadre Oliverio, pedía nuestro exterminio con frase que destilaba hiel; donde todos los periódicos serviles al dictador nos zaherían y calumniaban; y donde la policía reservada, enmascarados del tirano, nos perseguía día y noche, manteniendo sus puñales dispuestos siempre para hacernos desaparecer, como sucedió con los diputados Pastelín, Monroy, Gurrión, Serapio Rendón y senador Domínguez.

¿Dónde estaban entonces esos Catones de última hora? Esos huérfanos de la dictadura huertista, que teniendo en aquella triste ocasión el poder omnímodo, la fuerza bruta y todos los medios reprobables y reprobados, piden hoy que nuestro esfuerzo de débiles, nuestras defensas de vencidos, hubiesen tenido la pujanza bastante para salvar a ellos mismos de una ignominia que no saben sacudirse hoy sino empuñando la labor de los hombres honrados.

En la Comisión Permanente del segundo período, los cinco renovadores que a ella lograron pertenecer lucharon con ab-

negación y energía contra los senadores huertistas y los diputados del Gobierno, para defender la vida, la libertad y la dignidad de muchos miembros del Parlamento.

Los renovadores fuera de la Cámara lanzaron el manifiesto del Partido Liberal, para cuyos firmantes Lozano obtuvo y Urrutia ordenó pena de muerte, por el enorme crimen de manifestar libremente sus ideas y hacer la historia negra y cruel de la dictadura.

Los renovadores consiguieron la disolución del Congreso, en la tempestuosa sesión del 9 de octubre, provocándola por conducto de uno de sus miembros, quien terminaba su discurso con las siguientes palabras: «El Ejecutivo ha enarbolado frente a nosotros su bandera negra de restauración, de terror y de ignominia; mantengamos nosotros frente a él nuestra bandera roja de abnegación, de valor y de fe».

Hemos sido denunciados como intervencionistas y traidores, y que esperamos a míster Lind para erguir la frente y dar hachazos sobre el árbol caído.

La estulticia y la maldad de nuestros acusadores oculta pérfidamente el hecho cierto de que fuimos los únicos mexicanos que pudieron prevenir, y que hicieron todo lo posible para lograrlo, la llegada del Agente Confidencial, y con él la intromisión norteamericana en nuestros asuntos.

El 4 de agosto los renovadores, desafiando inminentes peligros, visitamos a la fiera investida con el poder supremo, en su casa de Popotla (donde nos recibió con gran aparato de fuerza) y le dijimos por escrito: *«la intromisión de la diplomacia extranjera en nuestra vida política interior, iniciada desde febrero, ha empañado el decoroso concepto que los mexicanos tenemos de nuestra dignidad como pueblo autónomo. Los últimos cablegramas informan que las relaciones con el más poderoso de nuestros vecinos son muy delicadas, debido, principalmente, al estado angustioso en que la guerra sigue poniendo al país, y se anuncia en ellos la probable ingerencia de un poder extraño para realizar la paz nacional. CUALQUIERA QUE SEA EL GOBIERNO QUE PRETENDA INMISCUIRSE EN LOS ASUNTOS NACIONALES, SU INTROMISIÓN RESULTARÍA OFENSIVA PARA EL DECORO NACIONAL, Y MEXICANOS ANTES QUE NADA Y SOBRE*

TODO, DE ALLÍ QUE CREYÉSEMOS NECESARIO Y PATRIÓTICO ADELANTARNOS A LOS ACONTECIMIENTOS, Y OFRECER A LOS CONTENDIENTES LA OPORTUNIDAD DE TRATAR LAS BASES DE UNA INTELIGENCIA QUE HAGA CESAR EL PELIGRO QUE NOS AMENAZA, QUE ALLANE EL CAMINO HACIA UNA CONVENIENTE SOLUCIÓN, PROCURANDO TODOS LA SALVACIÓN DE LA DIGNIDAD COLECTIVA».

Huerta, vencido por la codicia e hinchado por la vanidad, contestó: *«Considero indecoroso para mi Gobierno transigir con la revolución, y por lo tanto no acepto la mediación».*

Y, a pesar nuestro, míster Lind vino, Huerta lo burló en las notas oficiales y lo aduló servilmente en las entrevistas privadas.

Entretanto, los Catones de ahora, nuestros inflexibles jueces, ¿qué hacían? ¿Dónde ocultaban su dignidad, dónde su patriotismo, dónde su vergüenza? Virilidad, patriotismo y vergüenza de mexicanos, confiada entonces únicamente a ese pequeño grupo indefenso, pero abnegado, para el cual no pedimos ni honra ni provecho, sino el fallo justiciero de una historia imparcial.

José N. Macías, Gerzayn Ugarte, José I. Novelo, E. Neri, Rafael Curiel, Isaac Barrera, Manuel F. Méndez, Juan N. Frías, Jesús Urueta, Ignacio Borrego, E. Rodiles Maniau, J. Reynoso, M. Gómez, Guillermo Ordóñez, V. del Llano, Alfredo Ortega, Benjamín Balderas Márquez, Luis G. Guzmán, J. Silva Herrera, senador Salvador Gómez, Marcos López Jiménez, Marcelino Dávalos, Alfonso Cravioto, Miguel Alardín, Luis Manuel Rojas, Félix F. Palavicini, Manuel Padilla. — (Rúbricas.)

JOSE MARÍA LOZANO EN EL BANQUILLO

Lozano, el nuevo compadre Oliverio, el alma tenebrosa de la dictadura huertiana, el azuzador de todos los crímenes, no quiso navegar plácidamente hasta los cabarets parisinos sin dejar sobre las playas veracruzanas, ocupadas por extranjeros debido a su responsabilidad, una última y vergonzante deyección.

Lozano es en la política mexicana la figura repugnante que lo mismo entona himnos a la libertad que lame las plantas a la tiranía. Lozano es un *improvisado* en todo; ayuno de valor personal, ha sido abofeteado en las tabernas; falto de valor civil, serpenteaba solicitante en todas las antesalas madeiristas; falto de moral individual, lo mismo vendió su conciencia y su honor que proponía en venta los cuadros de Murillo, Tiziano, Reni y Ribera, de la Escuela de Bellas Artes.

Fue su soplo de víbora el que armó la mano asesina de los verdugos huertistas, y la sangre de los diputados Rendón, Pastelín, Monroy y Gurrión ha caído ya sobre su cabeza; es por eso que llegó a Veracruz con la frente baja, y avergonzado y doliente mendigó un *piadoso velo de olvido*.

Lozano prostituyó todo lo que sus ávidas manos tocaron: ministro de Instrucción Pública, hizo pacto con el clericalismo, llenó de favoritos a la Secretaría e impuso la librea militar en todos los templos de la enseñanza, para hacer satélites a la dictadura y ganar algunos pesos por cada uniforme; mi-

nistro de Comunicaciones y Obras Públicas, fue su púpitro un mostrador, y es cierto que cohechó diputados, pero es falso que éstos fuesen renovadores, absteniéndose por eso de nombrarlos; en Comunicaciones, contratos, obras, concesiones, pago de vencimientos, compra de materiales, trabajos de reparación y conservación, no se hicieron sino sujetos a una tarifa de peculado.

Orador parlamentario, dijo en tiempo del señor Madero: «yo aquí seré amigo del federalismo y nunca consentiré, si aquí me quedo, que partan atropellos del centro a la periferia; guardaré como reliquia en mi campaña de diputado el pacto federativo de 57». Y más tarde, en tiempo de Huerta, en la misma tribuna, ante el mismo auditorio, exclamó: «permítanme hablar un corto rato sobre la soberanía de los Estados, palabra que ha turbado muchas conciencias, concepto que ha sido no pocas veces causa eficiente de guerras fratricidas, y que en el fondo no es sino una *añagaza de políticos, un señuelo de intrigantes, pero un verdadero esperpento ante el derecho constitucional*».

Esta demostrada impudicia de Lozano pudo modificarse provechosamente para él y para su protector, pero Lozano es un predestinado: levantado del pavés de las cantinas, arrancado del desenfreno de las bacanales, recogido de los corredores de Belén, fue ministro, y entonces ni supo aconsejar templanza, ni supo obedecer a las leyes ni quiso respetar la vida humana.

Lo elevó una Cámara libre, y escupió sangre y veneno sobre la misma Cámara. Lo vistió la democracia, y él se desnudó, allagado y purulento, ante la dictadura.

Él se juzga a sí mismo; oídlo: «*Científico, en el concepto público, es el ladrón del Erario, el que explota las pasiones ruines de los gobernantes para obtener, por el cohecho, concesiones óptimas*».

Nos acusa de miedo Lozano, él que, ebrio de coñac y sangre, amanecía festejando en el alcázar de Popotla los funerales de Serapio Rendón. Lozano, que lo mismo devoraba frailes en vinagreta en los mítines populares, que prosternado elevaba una oración a la virgen del Tepeyac: «¡Oh, virgen mo-

rena! ¡oh, virgencita india: protege a tus hijos y a mi padre adoptivo el gran huichol Huerta!»

Lozano acaba de decir: «No creo que ninguno de los signatarios del Manifiesto del Partido Liberal haya sufrido persecución alguna, porque el aludido Manifiesto era de una inocuidad absoluta y de una cobardía temblorosa».

El hecho evidente es que, a pesar de su *innocuidad*, tuvo frases que sonaron como latigazos en los oídos ministeriales, hicieron temblar las largas quijadas de Lozano y agitarse convulsos los belfos de Aureliano Urrutia; el hecho evidente es que la policía arrancó los carteles de las esquinas y fueron recogidas las ediciones del Manifiesto, fue clausurada la imprenta, perseguido el editor y fusilados algunos repartidores.

Era obra de *cobardía temblorosa* y, sin embargo, en Consejo de Ministros Lozano recomendó a Huerta el escarmiento de los firmantes, y la fatídica cartera de Urrutia anotó la lista de los que serían sacrificados. Un ministro de aquel entonces nos lo ha afirmado, y muchos de nosotros hubimos de ponernos a salvo antes de que las garras homicidas nos cayeran encima. Moheno lo ha confirmado en la Habana: «Urrutia, dijo, inició el funesto régimen de la desaparición de personas».

En esa memorable ocasión, en presencia del licenciado Rodolfo Reyes, secretario de Justicia (quien nos lo ha referido lamentando haber puesto, en mala hora, su juventud y su talento al servicio de aquel sátrapa), Huerta dijo, refiriéndose a nosotros: «no hay que gastar un solo cartucho más entre mexicanos; que se compren mecates de a dieciocho centavos».

Y tal vez Lozano tenga razón: no era valor en nosotros combatir en defensa de nobles principios a indignos gobernantes: era valor en él combatir nobles principios por indignos procedimientos; para lo primero, bastaba cumplir con las más elementales reglas de la ética; para lo segundo era preciso convertirse en monstruo y renunciar a todo anhelo de respeto y consideración social en el presente, y a toda lástima consoladora de la Historia.

Lozano, que hace «Debate» lo mismo en la Cámara que en el Ministerio, como cuando huye cobardemente para no responder de sus actos ante la justicia, lanza audaces y desver-

gonzadas acusaciones; pero, sin la elemental delicadeza de las pruebas, no resiste al natural impulso del horror al pensar que ya comenzamos a juzgarlo.

Miente Lozano al acusarnos de haber cambiado de nombre: renovadores y verdaderos liberales estuvimos juntos durante nuestra permanencia en la Cámara; fuimos renovadores en las curules y, a título de renovadores, se nos mantuvo en las celdas del presidio.

Afirma Lozano que algunos renovadores le deben su tardía libertad. No sería remoto que algún diputado deba a Lozano su excarcelamiento; pero, lo que es rigurosamente cierto, es que a Lozano deben todos, en primer término, haber ido a la prisión, y que, faltos de justicia, nuestra libertad y nuestra vida dependían de los ministros.

Retamos formalmente a Lozano, e invitamos a todos sus amigos y cómplices, a sus correveidiles, a sus vergonzantes defensores—educados como él en la escuela de la calumnia y la injuria—para que nos prueben los infamantes cargos con que pretende sincerarse.

Entretanto nosotros, que llevamos en las suelas los jirones de su mercenario espíritu, hemos lanzado un puntapié a su intención, para que, como un último castigo, le recuerde, allá en el remordimiento de sus orgías pagadas con el oro mexicano, que aquí, a pesar de su egoaltruísmo corruptor y del puñal de Urrutia, queda un grupo de hombres de bien para defensa de esta sociedad, que lamenta el tortuoso vuelo de tanto vampiro, que frustran por hoy la acción de los tribunales, pero que ya están sentenciados ante la opinión pública.

José N. Macías, Félix F. Palavicini, Gerzayn Ugarte, Ignacio Borrego, Luis M. Rojas, Guillermo Ordorica, Tranquilino Navarro, Emilio López, M. Padilla, E. Neri, Manuel Orijel, Juan N. Frías, Salvador Gómez, Alonso Aznar, Alfredo Ortega, Isaac Barrera, J. S. Silva Herrera, Miguel Alardín, José I. Reynoso, Marcelino Dávalos, Valentín del Llano, Enrique Rodiles Maniau, Luis G. Guzmán, Jesús Munguía Santoyo, Francisco de la Peña, Ignacio Galván, Eduardo Neri, Jerónimo López de Llergo, Joaquín Ramos Roa, Manuel Gregorio Zapata. — (Rúbricas.)

MEMORIAS DE UN PENITENTE

POR

DON PASCUAL ORTIZ RUBIO

MEMORIAS DE UN PENITENTE

Juzgamos de interés agregar a este tomo las impresiones y notas personales del compañero de Cámara y de cárcel, ingeniero Pascual Ortiz Rubio, porque tienen gran colorido y son totalmente verídicas.

*
*
*

Como soy huésped de la Penitenciaría del Distrito Federal, tengo derecho de llamarme penitente.

I

EL GOLPE DE ESTADO

Octubre 10 de 1913.

A las cuatro de la tarde, como de ordinario, llegué frente a la Cámara de Diputados. Me llamó la atención que las puertas estuvieran custodiadas por guardianes y que una numerosa muchedumbre de habituales concurrentes a las sesiones se encontrara en la calle impedida de entrar. Me abrí paso por entre la ola humana y, al llegar a la puerta y ser detenido por un oficial de gendarmes, el conserje de la Cámara gritó desde adentro: «Déjenlo pasar: es diputado». Entré, pues, cayendo así en la ratonera.